

LIBRO QUINTO

EL NIETO Y EL ABUELO

I

DONDE SE VUELVE A VER EL ÁRBOL DEL PARCHÉ DE ZINC

Algun tiempo despues de los acontecimientos que acabamos de referir, Boulatruelle experimentó una viva emoción.

Boulatruelle es el peon caminero de Montfermeil á quien hemos visto, ya en los pasajes tenebrosos de este libro.

Tal vez recordará el lector que Boulatruelle era un hombre que se ocupaba de diversas cosas, algunas de ellas nada claras ni limpias. Desmenuzaba guijarros y deterioraba á alguno que otro viajero de los que pasaban por aquella carretera. Terraplenero y ladron, acariciaba él un sueño

creía en los tesoros ocultos en el bosque de Montfermeil. Abriga siempre la esperanza de hallar algún día dinero bajo tierra, al pié de un árbol; y hasta tanto, se contentaba con buscarle en los bolsillos de los pasajeros.

No obstante, en este momento, era él prudente. Acababa de escapar de una buena. Le habían recogido, como sabemos ya, en el desvan de los Jondrette, con los otros bandidos. El vicio allí le fué provechoso: su borrachera le salvó. Jamás pudo aclararse el punto de si se hallaba él allí como robador ó como robado. Una sentencia de no-ha-lugar, fundada en su estado de embriaguez bien comprobado en la noche de la emboscada, le había puesto en libertad; y volvió á tomar la llave de los bosques. Tornóse á su camino de Gagny á Lagny, á desterrar y á empedrar por cuenta del Estado, bajo la vigilancia administrativa, con los ojos bajos, muy caviloso, un tanto frío para el robo, que por poco le había perdido, pero inclinándose con mayor ternura aún hácia el vino, que acababa de salvarle.

Por lo que hace á la viva conmoción que él tuvo poco después de haber vuelto á entrar bajo el techo de césped de su barraca de peon caminero, hé aquí en lo que consistió.

Al ir una mañana Boulatruelle como de costumbre á su trabajo, y á su acecho tal vez, un poco ántes de amanecer, distinguió entre las ramas de los árboles á un hombre á quien no veía sino de espaldas, pero cuyo talante, según le pareció á él, al través de la distancia y del crepúsculo, no le era del todo desconocido. Aunque borracho, Boulatruelle tenía una memoria lúcida y correcta, arma defensiva indispensable á todo el que se halle un poco en lucha con el orden legal.

— ¿Dónde diablos he visto yo algo parecido á ese hombre? se preguntó á sí mismo.

Pero no pudo darse respuesta ninguna, sino que aque-

llo se asemejaba á alguien cuyas trazas tenía él confusamente en su espíritu.

Por lo demás, fuera de la identidad que él no lograba atrapar, Boulatruelle hizo paralelos, comparaciones y cálculos. Aquel hombre no era del país. Llegaba allí, á pié evidentemente. Ningun coche público pasa á aquellas horas por Monfermeil. Había andado toda la noche. ¿De dónde venía? no debía ser de muy lejos; pues no traía saco ni paquete alguno. De París, sin duda. ¿Por qué se hallaba en aquel bosque? ¿por qué estaba allí á aquellas horas? ¿qué venía á hacer en aquel sitio?

Boulatruelle pensó en el tesoro. Á fuerza de ahondar en su memoria, se acordó vagamente de haber tenido ya, algunos años ántes, una alerta semejante con respecto á un hombre que le parecía muy bien que pudiera ser este mismo.

Mientras que así cavilaba, bajo el peso mismo de su meditación, había bajado la cabeza, cosa natural sin duda, pero poco hábil. Cuando la levantó, ya no había allí nada. El hombre se había eclipsado en la selva y en el crepúsculo.

— ¡Por vida del diantre, dijo Boulatruelle, que he de dar con él! Yo descubriré la parroquia de ese parroquiano. Ese paseante de Patron-Minette tiene su porqué; y lo sabré. No hay secreto en mi bosque sin que yo tome parte en él.

Y echó mano á su azadón, el cual era bastante agudo.

— Hé aquí, refunfuñó entre sí, con que poder escudriñar bien la tierra, y á un hombre también.

Y, como se empalma un hilo en otro, encajonando el paso como mejor pudo en el itinerario que había debido seguir el hombre, se puso en marcha atravesando el soto.

Cuando hubo andado como unos cien pasos, la luz del día que empezaba ya á aclarar, vino en su ayuda. Un assue

las grabadas en la arena, acá y acullá, yerbas pisadas, brezos y arbustos aplastados, tiernas ramas plegadas entre las malezas y enderezándose otra vez con graciosa lentitud, como los brazos de una hermosa niña que se espereza al despertar, le indicaron una especie de pista. La siguió, y la perdió al poco tiempo. El día avanzaba. Penetró más adelante en el bosque, y llegó á una pequeña eminencia. Un cazador matutino que pasaba á lo lejos por una senda silbando la canción de Guillery le sugirió la idea de trepar á un árbol. Aunque viejo, era ágil. Había allí una haya bastante elevada, digna de Tityro y de Boulatruelle. Boulatruelle trepó sobre el haya, todo lo más alto que pudo.

La idea era buena. Explorando la soledad por el lado en que el bosque está enteramente enredado y silvestre, Boulatruelle descubrió de repente á su hombre.

Pero no bien le habia distinguido, cuando volvió á perderle de vista.

El hombre entró, ó más bien se deslizó en un claro bastante lejano, encubierto por grandes árboles, pero que Boulatruelle conocia muy bien, por haber notado allí junto á un gran monton de piedras molares, un castaño enfermo el cual tenia el apósito de una placa de zinc clavada en la corteza. Aquel claro es lo que en otro tiempo se llamaba el fundo Blarú. El monton de piedras, destinado no se sabe á qué uso, que se veia allí treinta años há, estará sin duda aún en el mismo sitio. Nada iguala á la longevidad de un monton de piedras, á no ser la de una empalizada de tablas. Son estas cosas provisionales. ¡Poderosa razon para que duren!

Con la rapidez de la alegría, Boulatruelle se dejó caer del árbol más bien que descender. La cueva estaba hallada, ya sólo se trataba de coger al animal. Este famoso tesoro soñado estaba allí probablemente.

No era fácil tarea la de llegar á aquel claro. Por vereda trilladas, que hacen mil zic-zacs incómodos, se necesitaba

un cuarto de hora largo. En línea recta, por un matorral que hay allí singularmente espeso, muy espinoso y muy agresivo, se necesitaba una média hora larga. Esto es lo que Boulatruelle hizo mal en no comprender. Creyó en la línea recta; ilusion de óptica respetable, pero que pierde á muchos hombres. El matorral, por más espeso y erizado que estuviese, le pareció ser el buen camino.

— Tomemos por la calle de Rívoli de los lobos, dijo.

Acostumbrado á ir siempre por sendas tortuosas, Boulatruelle cometió esta vez la falta de emprender la via recta.

Lanzóse resueltamente en la confusion de aquellas breñas.

Tuvo allí que luchar con acebuches, con zarzas, con ortigas, con oxiacantos, con cardos, con agabanzos y con escaramujos muy irascibles. Recibió infinitos arañazos.

En la parte baja del barranco, halló agua, que le fué preciso atravesar.

Por fin llegó al claro de Blarú, al cabo de unos cuarenta minutos, sudando, mojado, sofocado, arañado, ensangrentado, feroz.

Nadie habia en el claro.

Boulatruelle corrió hácia el monton de piedras, y halló que este estaba en su lugar: nadie se le habia llevado.

Por lo que hace al hombre, se habia desvanecido en el bosque. Se habia escabullido. ¿Adónde? ¿hácia qué lado? ¿en qué espesura se hallaria oculto? Imposible era adivinarlo.

Y, cosa cruel, detras del monton de piedras, junto al árbol de la placa de zinc, habia una porcion de tierra fresca y recientemente removida, un azadon olvidado allí ó abandonado, y un hoyo.

Este hoyo estaba vacío.

— ¡Ladron! gritó Boulatruelle mostrando sus dos puños al horizonte.

eran complicadas y difíciles, pues la fijación de los aparatos y de los vendajes por medio del esparadrajo no había sido aún inventada en aquella época. Nicolette gastó en hilas una sábana « tan grande como un techo, » decía ella. Y no costó poco trabajo el impedir los estragos de la gangrena á fuerza de lociones cloruradas y de nitrato de plata. Mientras que el paciente estuvo de peligro, el señor Gillenormand, desfavorido á la cabecera de la cama de su nieto, se hallaba como Marius, ni muerto ni vivo.

Todos los días, y en ocasiones dos veces al día, un señor de melenas blancas, muy bien puesto, — tales eran las señas que de él daba el portero, — venía á preguntar cómo estaba el herido, y dejaba un gran paquete de hilas para las curaciones.

Por último, el 7 de Setiembre, cuatro meses, día por día, después de la dolorosa noche en que le habían traído moribundo á casa de su abuelo, declaró el médico que respondía de él. Principió, pues, la convalecencia. Sin embargo, Marius tuvo que permanecer aún más de dos meses tendido en una silla larga, á causa de los accidentes producidos por la fractura de la clavícula. Nunca falta así una postrera herida que se niega á cerrarse y que eterniza las curas, con grande enojo del paciente.

Por lo demás, esta larga enfermedad y esta larga convalecencia le libraron de la persecución. En Francia, no es posible que la ira, aunque sea la ira pública, dure más de seis meses. Las rebeliones, en el estado actual de la sociedad, son de tal manera, por culpa de todo el mundo, que al instante se sigue á ellas cierta necesidad de cerrar los ojos.

Añádase á esto que habiendo indignado á la opinion, y no sólo á la opinion, sino al rey el primero, la incalificable medida de Giquet que ordenaba á los médicos que delatasen á los heridos, quedaron estos á cubierto y como pro-

AL SALIR DE LA GUERRA CIVIL, MARIUS SE PREPARA
Á LA GUERRA DOMÉSTICA

Marius permaneció mucho tiempo ni muerto ni vivo. Durante algunas semanas, tuvo fiebre acompañada de delirio, y otros síntomas cerebrales bastante graves, causados más bien por las rudas conmociones que sufrieron las heridas de la cabeza que por las mismas heridas.

Noches enteras pasaba repitiendo el nombre de Coseta, con la lúgubre locuacidad de la fiebre y el sombrío teson de la agonía. La grande extensión superficial de ciertas lesiones fué un peligro serio, porque la supuración de las grandes heridas puede siempre resolverse, y por consiguiente, matar al enfermo, bajo ciertas influencias atmosféricas; á cada cambio de tiempo, á la menor tempestad, el médico se mostraba inquieto. — Sobre todo que el herido no tenga ninguna emoción, repetía sin cesar. Las curaciones

tegidos por la misma indignación; y excepto los que habían sido hechos prisioneros en flagrante combate, los consejos de guerra no se atrevieron á inquietar á ninguno de ellos. Dejaron, pues, á Marius tranquilo.

El señor Gillenormand atravesó primero todas las angustias, y despues todos los éxtasis. No sin mucho trabajo lograron impedirle que pasase todas las noches junto al herido; hizo que le trajeran su grande butaca al lado de la cama de Marius; exigió que su hija tomara las ropas de hilo más finas de la casa para hacer con ellas los cabezales y las vendas. La señorita Gillenormand, como persona prudente y de experiencia, halló medios de salvar las ropas finas, haciendo miéntras tanto creer á su padre que era en un todo obedecido. El señor Gillenormand no permitió que le explicasen que, para hacer hilas, la batista no está buena como el lienzo grueso, y que el lienzo usado es preferible al nuevo. Asistía él siempre á todas las curaciones de las cuales se ausentaba públicamente la señorita Gillenormand. Cuando cortaban con las tijeras las carnes muertas, exclamaba él: ¡Ay! ¡ay! Nada era tan patético y tan tierno como el verle ofrecer al enfermo una taza de tisana con su suave temblor senil. Á los médicos, los abrumaba con preguntas, sin que echara de ver que siempre repetía las mismas.

El día en que le anunció el facultativo que Marius estaba fuera de peligro, el pobre viejo deliraba de contento. Dió tres luises de propina á su portero. Al entrar en su cuarto aquella noche, se puso á bailar una gavota, tocando las castañuelas con sus dedos, y cantando esta canción:

Jeanne est née à Fougère,
Vrai nid d'une bergère;
J'adore son jupon
Fripón.

Amour, tu vis en elle;
Car c'est dans sa prunelle
Que tu mets ton carquois,
Narquois!

Moi, je la chante, et j'aime,
Plus que Diane même,
Jeanne et ses durs tétons
Bretons¹.

En seguida se arrodilló sobre una silla, y Basque, que le observaba por la puerta entreabierta, creyó estar seguro de que rezaba alguna oración.

Hasta entónces, nunca había él creído en Dios.

Á cada nueva fase de la mejoría, que se iba marcando cada vez más, el abuelo divagaba y desbarraba. Ejecutaba una multitud de acciones maquinales, llenas de la mayor alegría; subía y bajaba las escaleras sin saber por qué. Una vecina, por cierto bastante linda, se halló sorprendida y estupefacta una mañana de recibir un gran ramo de flores; era el señor Gillenormand que se le enviaba. El marido, picado de los celos, promovió un alboroto. El señor Gillenormand probaba á tomar á Nicolette sobre sus rodillas. Á Marius le llamaba señor baron; y de vez en cuando gritaba: ¡Viva la república!

Á cada instante, preguntaba al médico: ¿Es verdad, que ya no hay peligro? Miraba á Marius con ojos de abuelita. Le cobijaba cuando estaba comiendo. Ya él no se conocía, no se contaba por nada ni para nada, Marius

¹ Juana nació en Fougère, propio nido de una pastora; yo adoro sus graciosas faldas.

Amor, tú vives en ella; pues en sus pupilas es en donde te pones tu carcaj, picaruelo.

Yo la canto, y, más que á la misma Diana, amo á mí Juana y á sus turgentes pechos bretones.

era el amo de la casa, había en su gozo una completa abdicacion, ahora era él ya el nieto de su nieto.

En medio de esta alegría que se había apoderado de él, era el más venerable de los niños. Temiendo cansar ó importunar al convaleciente, se colocaba á espaldas de él para sonreírle. Estaba contento, gozoso, enajenado, divertido, jóven. Sus mismas canas añadían una dulce majestad á la luz alegre y esplendente que tenía en su rostro. Cuando la gracia se mezcla con las arrugas, es adorable. En la ancianidad festiva y gozosa hay una especie de aurora.

Por lo que hace á Marius, mientras que así se dejaba curar y cuidar, tenía siempre una idea fija : Coseta.

Desde que le habían abandonado la fiebre y el delirio, ya no pronunciaba este nombre, y cualquiera habría creído que no pensaba más en él. Guardaba silencio, precisamente porque su alma estaba allí.

Ignoraba él que había venido á ser de Coseta; todos los sucesos de la calle de la Chanvrière formaban como una nube en su memoria : ciertas sombras casi indistintas flotaban en su espíritu, Eponina, Gavroche, Mabeuf, los Thénardier, todos sus amigos lúgubramente mezclados con el humo de la barricada; la extraña aparicion del señor Fauchelevent en aquella sangrienta aventura se le representaba como un enigma en una tempestad; nada comprendía él de su propia vida, ni sabía cómo ni por quién había sido salvado, y nadie en derredor suyo lo sabía tampoco; lo único que habían podido decirle, es que le habían traído por la noche en un coche á la calle de las Filles-du-Calvaire; pasado, presente, porvenir, todo esto no era en él más que la niebla de una idea vaga; pero en medio de esta bruma había un punto inmóvil, un lineamiento neto y preciso, algo que era de granito, una resolucion, una voluntad : volver á encontrar á Coseta. Para él

la idea de la vida no era distinta de la idea de Coseta, habiendo decretado en su corazón que no aceptaría la una sin la otra, y hallándose decidido á exigir de cualquiera que quisiese obligarle á vivir, de su abuelo, de la suerte, del infierno, la restitucion de su desaparecido Eden.

No se disimulaba él los obstáculos.

Hagamos notar aquí un detalle : todas las solicitudes y todas las ternuras de su abuelo no habían logrado captar su voluntad, ni enternecerle lo más mínimo. En primer lugar, no se hallaba él en el secreto de todas ellas; y despues, en sus delirios de enfermo, delirios de fiebre tal vez aún, desconfiaba de aquellas caricias como de una cosa extraña y nueva cuyo objeto era domeñarle. se mostraba frio en extremo. El pobre abuelo consumía en pura pérdida su afabilidad y su vetusta sonrisa. Marius decía para su colete que todo aquello era bueno mientras que él no hablaba y dejaba obrar; pero que, cuando se tratara de Coseta, hallaría él otro semblante, y que aparecería sin máscara la verdadera actitud del abuelo. Entónces vendría la rudeza; la recrudescencia de las cuestiones de familia, la confrontacion de las posiciones, todos los sarcasmos y todas las objeciones á la vez, Fauchelevent, Coupevent, la fortuna, la pobreza, la miseria, la cuerda al cuello, el porvenir. Resistencia violenta; conclusion : negativa. Marius se irritaba ya anticipadamente.

Y despues, á medida que iba recobrando sus fuerzas vitales, reaparecían sus anteriores agravios, las antiguas heridas de su memoria volvían á abrirse, pensaba de nuevo en lo pasado, el coronel Pontmercy reaparecía colocado entre el señor Gillenormand y él, decíase que no debía él esperar ninguna bondad verdadera de quien tan injusto y tan duro había sido para con su padre. Y con la salud, se iba apoderando de él una especie de aspreza contra su abuelo. El anciano sufría lentamente.

Sin que por otra parte se diera él por entendido, el señor Gillenormand notaba que Marius, desde que le habían traído á su casa y había recobrado el conocimiento, no le había apellidado padre ni una sola vez. No le decia señor, ni caballero, es verdad; pero siempre hallaba él modo de no decir lo uno ni lo otro, recurriendo á ciertos giros ó rodeos de frase.

Era evidente que una crisis se acercaba.

Como sucede casi siempre en tales casos, Marius, por vía de ensayo, empezó á maniobrar de escaramuza ántes de librar batalla. Esto se llama tantear el terreno. Sucedió una mañana que el señor Gillenormand, á propósito de un periódico que le había venido á las manos, habló ligeramente de la Convencion, y lanzó una epifonema realista sobre Danton, Saint-Just y Robespierre. — Los hombres de 93 eran gigantes, dijo Marius con severidad. El anciano calló, y no volvió á resollar en todo el resto del día.

Marius, que siempre tenía presente en su imaginacion al inflexible abuelo de sus primeros años, vió en aque silencio una profunda concentracion de ira, previó una lucha encarnizada, y aumentó en los más profundos escondrijos de su pensamiento los preparativos de combate.

Decidió que, en caso de negativa, se arrancaria sus apósitos, dislocaria su clavícula, pondria al desnudo y al vivo lo que aún quedaba de sus heridas y rehusaria todo alimento. Sus heridas eran sus municiones. Poseer á Co-seta, ó morir.

Esperó, pues, el momento favorable con la solapada paciencia de los enfermos.

Este momento llegó al fin.

III

MARIUS ATACA

Hallábase un día el señor Gillenormand, mientras que su hija ponía en orden los frascos y las tazas sobre el mármol de la cómoda, reclinado hácia Marius, á quien decia con la mayor ternura:

— Ves, hijo mio, en tu lugar, yo comería ahora más bien carne que pescado. Un lenguado frito es una cosa excelente para empezar una convalecencia. mas para poner de pié al enfermo, se necesita una buena chuleta.

Marius, que había recobrado casi todas sus fuerzas, las reunió, alzó el cuerpo, sentóse sobre la cama, apoyó ambos puños cerrados sobre las sábanas, miró de frente á su abuelo, mostró un ademan terrible, y dijo:

— Esto me obliga á decir á usted una cosa.

— ¿Qué cosa?

— Que quiero casarme.

— Previsto, contestó el abuelo. Y lanzó una carcajada.

— ¿Cómo previsto?

— Sí, previsto. Tendrás tu muchachita.

Estupefacto y como agobiado por el deslumbramiento, Marius se puso á temblar en todos sus miembros.

El señor Gillenormand continuó :

— Sí, la tendrás, á tu buena y linda niña. Todos los días viene ella á esta casa, bajo la forma de un señor anciano, á saber cómo va tu salud. Desde que estás herido, pasa ella el tiempo llorando y haciendo hilas. He tomado informes. Vive en la calle de l'Homme-Armé, número siete. ¡Ah! ¡ya llegamos á lo vivo! ¡Ah! ¿conque la quieres siempre? Pues bien, la tendrás. ¿No es mal chasco, eh? Tú habías formado tu pequeño complot, y habías dicho para tus adentros: — Voy á significarle esto de rondon á ese pobre abuelo, á esa momia de la Regencia y del Directorio, á ese antiguo bello, á ese Dorante convertido en Geronte; también él ha tenido sus ligerezas, y sus amorios, y sus grisetas y sus Cosetas; ha hecho sus calaveradas, ha tenido sus alas correspondientes, ha comido el pan de la primavera; preciso será que él se acuerde de todo esto. Vamos á ver. Batalla. ¡Ah! tú agarras al chorlito por la cola. Está bien. Yo te ofrezco una chuleta, y tú me respondes: Á propósito, lo que yo quiero es casarme. ¡Es una bonita transición! ¡Ah! ¡habías contado sin duda con alguna pelotera! ¿No sabías que yo soy un viejo cobarde. ¿Qué dices tú de esto? Te pone de mal humor. Hallar que tu abuelo es aún más tonfo que tú, es cosa que no esperabas, ni podías imaginarte, señor abogado; es muy fastidioso esto, ¿es verdad? Pues bien, paciencia, anda y rabia. ¡Hago al fin lo que se te antoja, esto te corta el revesino, majadero! Escucha. Me he informado bien de todo, también yo soy solapado; la chica es muy lindita y honrada, el lancero

no dice una palabra de verdad, ha hecho montones de hilas, es una perla y te adora; si hubieras muerto, habríamos sido tres; su féretro habria acompañado al mio. Desde que estás mejor, ya me han venido ideas de acampártela aquí boníticamente á la cabecera de tu cama, pero eso de introducir así á las jovencitas, sin decir oxte ni moxte, junto á la cama de los buenos mozos heridos que las interesan, sólo se ve en las novelas. Eso no se hace nunca. ¿Qué habria dicho tu tia? Estabas desnudo casi siempre, mi pobre bobo. Pregúntaselo á Nicolette, que no te ha abandonado un minuto, si habia medios de que se hallara aquí nunca una mujer. Y despues, ¿qué habria dicho el médico? Una muchacha bonita no es el mejor remedio para curar la calentura. En fin, está bien, no hablemos más de eso, ya está dicho, y está hecho, y es asunto concluido, tómala. Tal es mi ferocidad. ¿Lo ves? he conocido que tú no me querias, y he dicho para mí: ¿Qué haria yo para que ese animal me quiera? Y me acordé y dije: Toma, pues si tengo á la mano á mi Coselita, voy á dársela; y entónces no podrá ménos de quererme un poco, ó que se explique y me diga su porqué. ¡Ah! tú creias que el viejo iba á echar pestes y tempestades, ahuecar la voz, gritar que no, y levantar el baston sobre toda esa aurora de dicha. ¡Ni pensarlo! Coseta, sea en buen hora; amor, sea también; á mí me viene eso á pedir de boca. Caballerito, tenga usted la bondad de casarse. Que seas dichoso, es lo que desea tu abuelo, hijo mio muy amado.

Dicho esto, el anciano prorumpió en sollozos.

En seguida cogió la cabeza de Marius, la estrechó entre ambos brazos contra su pecho, y los dos se pusieron á llorar. Esta es una de las formas de la dicha suprema.

— ¡Padre mio! exclamó Marius.

— ¡Ah! conque me quieres! dijo el anciano.